

Primer domingo después de la Epifanía

“Por lo tanto, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro verdadero culto. No os conforméis a este mundo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál es la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta. Digo, pues, por la gracia que me es dada, a cada cual que está entre vosotros, que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener, sino que piense de sí con cordura, conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno. De la manera que en un cuerpo tenemos muchos miembros, pero no todos los miembros tienen la misma función, así nosotros, siendo muchos, somos un cuerpo en Cristo, y todos miembros los unos de los otros. Tenemos, pues, diferentes dones, según la gracia que nos es dada: el que tiene el don de profecía, úselo conforme a la medida de la fe;” (Romanos 12:1–6)

1. En las postilas anteriores, he escrito bastante acerca de la fe, el amor y la cruz y el sufrimiento, del cual viene la esperanza. La forma de la vida cristiana consiste en estas tres cosas. Por tanto, no es necesario que expongamos largamente estas cosas ya. Más bien, cuando el amor, la fe, la cruz y lo que concierne la vida cristiana se presentan, todos pueden mirar las postilas anteriores y recordar lo que significan. Desde ahora, brevemente indicaré cómo toda la doctrina cristiana no contiene nada sino Jesucristo, como hemos escuchado con frecuencia.

2. Esta Epístola no enseña la fe, sino los frutos de la fe, tales como disciplinar el cuerpo, amar, ser apacible y paciente, etc. Considera primero el fruto de la fe, que es disciplinar el cuerpo y mortificar los deseos malos. El apóstol habla de estas cosas en una forma muy diferente que en las otras epístolas. Dice a los gálatas “crucificar la carne con sus pasiones y deseos” (Gálatas 5:24). Dice a los efesios y colosenses “despojaos del viejo hombre” (Efesios 4:22). Pero aquí les dice “presentar un sacrificio”, y lo alaba con las palabras más elevadas y santas. ¿Por qué lo hace?

Primero, para estimularnos tanto más fuertemente con palabras tan poderosas y gloriosas a este fruto de la fe; porque el mundo entero considera la obra, oficio y dignidad sacerdotal lo más noble y alto, como realmente es. Si alguien tiene el deseo y amor para ser un sacerdote y ser muy orgulloso ante Dios, bien, que comience y tome para sí la obra de ofrecer su propio cuerpo a Dios; es decir, que se haga el más bajo, inclusive nada, ante el mundo y aquí en la tierra.

3. Dejaré que todos vean y encuentren por sí mismos la diferencia entre el sacerdocio externo, impresionante, y el sacerdocio interno espiritual. El primero unos cuantos lo han apropiado a ellos mismos, pero el segundo es común a todos los cristianos. El primero fue exaltado y nombrado por gente sin la palabra de Dios, pero el segundo fue fundado por la palabra de Dios sin intervenciones humanas. El primero es untado en la piel con aceite físico, pero el segundo es ungido internamente en el corazón con el Espíritu Santo. El primero ensalza y alaba sus obras y méritos, pero el segundo predica

y alaba la gracia de Dios y su gloria. El primero deja el cuerpo con sus deseos sin ser sacrificado, y hasta atiende y alimenta la carne con sus deseos, pero el segundo mortifica y sacrifica el cuerpo con sus deseos. El primero tiene dinero, posesiones, honor, ocio, días buenos, y todos los deseos en la tierra ofrecidos a él, pero el segundo tiene todas estas cosas quitadas y manifiesta lo opuesto. El primero sacrifica a Cristo de nuevo como una horrible corrupción, pero el segundo deja que sea suficiente que Cristo fue sacrificado una vez, y ahora sacrifica a sí mismo con él y en él en uno y el mismo sacrificio.

En resumen, estos dos sacerdocios están de acuerdo uno con el otro como Cristo y Barrabás, la luz y las tinieblas, Dios y el mundo. Tan poco como Cristo se hizo un sacerdote por ser untado con aceite y tonsurado, tan poco se le da a alguien el segundo sacerdocio con untar o rasurar. Sin embargo, Cristo es un sacerdote con todos sus cristianos. “Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec” (Salmo 110:4). Este segundo sacerdocio no deja que sea hecho o nombrado. Aquí nadie es hecho un sacerdote; tiene que nacer un sacerdote y traer el sacerdocio con él como una herencia de su nacimiento. Quiero decir, por supuesto, el nuevo nacimiento de agua y del Espíritu; de esa forma todos los cristianos se hacen sacerdotes, hijos y coherederos del Sumo Sacerdote, Cristo.

4. El nombre y el título “sacerdocio” es glorioso y es nombrado y alabado por casi todos. Pero el oficio y el sacrificio son difíciles y son temidos por casi todos. Cuesta la vida, la propiedad, el honor, los amigos, y todo que el mundo tiene, así como costó tanto a Cristo en la santa cruz. Nadie decide que escogerá y tomará la muerte en lugar de la vida, el dolor en lugar del placer, el daño en vez del bien, la vergüenza en lugar del honor, enemigos en lugar de amigos, pero eso es lo que Cristo hizo en la cruz como un ejemplo para nosotros. Sin embargo, debemos hacer todo eso, no por nosotros mismos ni para nuestro beneficio, sino para servir a nuestro prójimo y alabar y honrar a Dios, así como Cristo sacrificó su cuerpo. Ese es un sacerdocio verdaderamente honorable.

5. He dicho muchas veces que debemos apropiarnos el sufrimiento y la obra de Cristo de dos maneras. Primero, como una gracia y bendición concedida y dada a nosotros, en que nuestra fe debe usarse para recibir ese sacrificio y bendición para nuestra salvación. Segundo, como un ejemplo para que lo sigamos, de modo que nos sacrifiquemos por nuestros prójimos y para la gloria de Dios, en que debemos usar nuestro amor a dispensar tales bendiciones para el beneficio de nuestro prójimo. Todo el que hace eso es un cristiano, y se hace uno con Cristo, de modo que el sacrificio de su cuerpo es un sacrificio con el sacrificio del cuerpo de Cristo. San Pedro habla de hacer un sacrificio agradable a Dios por medio de Cristo cuando describe este sacerdocio y sacrificio, diciendo: “Vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo” (1 Peter 2:5).

6. Lo llama un “sacrificio espiritual”, pero San Pablo dice que nuestros cuerpos deben ser sacrificados. El cuerpo no es espíritu, pero lo llama “un sacrificio espiritual” porque

sucede voluntariamente por medio del Espíritu y no es forzado por la ley y el temor del infierno. Hasta ahora el clero se ha torturado con ayunos, ropa incómoda, vigiliias, camas duras, y labor y trabajo inútil similar, y sin embargo no llegó a este sacrificio, sino solo se apartaron más de él, porque no mortificaban al viejo hombre. Solo se hicieron más arrogantes y malvados, y se han atrevido a alabar estas obras y méritos ante Dios. Lo han hecho no para mortificar sus cuerpos, sino las han reunido como buenas obras de gran mérito, para que puedan sentarse en el cielo muy por encima de otra gente. Bien se podría llamar un sacrificio carnal de sus cuerpos, inaceptable a Dios, pero aceptable al diablo.

7. Pero Pedro dice que los sacrificios espirituales son aceptables a Dios, como también Pablo enseña: “si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis” (Romanos 8:13). Dice “hacer morir por el Espíritu”, así como Pedro habló de “sacrificios espirituales”, porque lo que es sacrificado tiene que ser matado. Es como si dijera: “Si haces morir las obras de la carne en las maneras que tú has escogido, sin el Espíritu y sin gozo sino por temor del dolor, esto será un hacer morir y sacrificar carnal, y no vivirás tanto más, sino morirás tanto más horriblemente”. El Espíritu tiene que hacerlo, y hacerlo espiritualmente, es decir, con gozo y amor, libremente, no buscando mérito ni honra ni premio, ni temporal ni eterno. Ese es un sacrificio espiritual. Todo lo que sucede, sin importar cuán externo, burdo, físico o visible pueda ser, es todo espiritual si sucede de y por el Espíritu. Aun el comer y beber son obras espirituales cuando suceden por medio del Espíritu. Por otro lado, todo lo que sucede por medio de la carne es carnal, sin importar cuán secreta y profunda en el alma esté, así como San Pablo llama la idolatría y las herejías obras de la carne (Gálatas 5:20), aunque están profundamente en el alma.

8. Además de este sacrificio espiritual, San Pedro menciona otro en los versículos siguientes cuando dice: “Pero vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable” (1 Pedro 2:9). Aquí toca en el oficio de la predicación, que es el verdadero oficio sacrificial, del cual el salmista dice: “El que ofrece sacrificios de alabanza me honrará” (Salmo 50:23). La gracia de Dios se alaba con la predicación, y eso se llama ofrecer alabanza y acciones de gracias, como también San Pablo se jacta de que santifica u ofrece el evangelio (Romanos 15:16). Pero no estamos aquí hablando de ese sacrificio de alabanza, aunque se puede considerar una parte de aquel sacrificio espiritual en la congregación, como sigue después. Todo el que ofrece su cuerpo a Dios también ofrece su lengua y boca para predicar, confesar y alabar la gracia de Dios. Pero de esto hablaremos en otro lugar. Ahora miremos las palabras.

“Por lo tanto, hermanos, os ruego”

9. No dice: “os mando”, porque está predicando a los que ya son cristianos y son piadosos en su nuevo hombre por medio de la fe. No deben ser obligados por mandamientos, sino deben ser exhortados, para que voluntariamente hagan lo que se tiene que hacer con su viejo hombre pecaminoso. Todo el que no hace eso

voluntariamente, solo por exhortación amistosa, no es cristiano. Todo el que compela esa obediencia de los involuntarios con leyes ya no es un predicador ni gobernante cristiano, sino solo un verdugo mundano.

“por la misericordia de Dios”

10. Un legalista estimula con amenazas y castigos. Un predicador de la gracia atrae y conmueve señalado la bondad y la misericordia divina, porque no quiere obras involuntarias ni servicio renuente, sino quiere tener siervos de Dios felices y animados. Todo el que no será conmovido y atraído por palabras tan dulces y deleitosas de la misericordia de Dios, tan abundantemente concedidas y dadas a nosotros en Cristo, de modo que haga esto con gozo y amor para la gloria de Dios y el beneficio del prójimo, no es nada, y todo está perdido en él. ¿Cómo puede aquel que no fue suavizado y derretido por el fuego del amor y la gracia celestial llegar a ser de corazón suave y animado por leyes y sus amenazas? No es misericordia humana, sino la misericordia divina la que se nos da, lo cual San Pablo quiere que veamos para que seamos estimulados y conmovidos por ella.

“que presentéis vuestros cuerpos”

11. Había muchas clases diferentes de sacrificios en el Antiguo Testamento, pero todos apuntaban al sacrificio único que Cristo y los cristianos cumplen con el sacrificio de su cuerpo. No hay ningún otro sacrificio en el Nuevo Testamento, no puede haber otro, sino este, a saber, nuestro cuerpo. ¿Qué más ofrecería alguien o podría ofrecer, que él mismo con todo lo que es y tiene? Si el cuerpo procede a ser un sacrificio, entonces todo lo que pertenece al cuerpo se ha ido. Por tanto, todos los sacrificios del Antiguo Testamento se han acabado, junto con los sacerdotes y toda su pompa. ¿Qué clase de sacrificio es cuando sacrificas un centavo o un groschen en comparación con el sacrificio del cuerpo entero? No vale la pena llamar tal obra aislada o colcha de retazos un sacrificio cuando este gran sacrificio, a saber, del cuerpo de Cristo y de sus seguidores, está ocurriendo.

Por eso Isaías dice correctamente que en el Nuevo Testamento tal trabajo de limosneros disgusta al lado de los sacrificios verdaderamente grandes, y dice: “El que sacrifica buey es como si matara a un hombre; el que sacrifica oveja, como si degollara a un perro; el que hace ofrenda, como si ofreciera sangre de cerdo; el que quema incienso, como si bendijera a un ídolo.” (Isaías 66:3). Isaías dijo lo mismo en el capítulo 1:11: “¿Para qué me sirve, dice Jehová, la multitud de vuestros sacrificios? Hastiado estoy de holocaustos de carneros y de grasa de animales gordos; no quiero sangre de bueyes ni de ovejas ni de machos cabríos”. Así con palabras impresionantes trastorna todos los sacrificios por causa de este único verdadero sacrificio.

12. Nuestros líderes ciegos hasta ahora han engañado el mundo muy miserablemente con su sacrificio de la misa y han olvidado este único sacrificio. La misa ciertamente se puede celebrar en tal forma que ningún fruto sino solo daño viene al alma. Pero este sacrificio no puede suceder sin fruto para el alma. Por tanto, la misa no puede ser un

sacrificio del Nuevo Testamento, aunque fuera en otras maneras un sacrificio. Todas las obras y sacrificios del Nuevo Testamento tienen que ser justos y de beneficio para el alma; si no lo son, luego no pertenecen al Nuevo Testamento. Como dice el Salmo 25:10: “Todas las sendas de Jehová son misericordia y verdad”.

“como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios”

13. San Pablo usa estas tres palabras, “vivo”, “santo”, “agradable”, para abolir los sacrificios del Antiguo Testamento y eliminar todo ese sacerdocio. Los sacrificios del Antiguo Testamento fueron bueyes, ovejas y cabritos. Ninguno de estos quedaba vivo, sino cuando fueron sacrificados, fueron matados, quemados y consumidos por los sacerdotes. Este sacrificio en el Nuevo Testamento es un sacrificio milagroso que al mismo tiempo es matado y queda vivo. De hecho, entre más se mata y sacrifica, mejor y más fuerte vive, como dice: “Si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis” (Romanos 8:13), y “porque habéis muerto y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios” (Colosenses 3:3) y “Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos” (Gálatas 5:24).

14. Debemos entender la palabra “vivo” espiritualmente de la vida ante Dios y no ante el mundo. Todo el que disciplina su cuerpo y mata sus deseos no vive ante el mundo, porque no lleva la clase de vida que vive el mundo. El mundo vive, y no puede vivir de otra manera, que en sus deseos y de acuerdo con la carne, pero estos están en el mundo con su carne, pero no viven según la carne, como dice Pablo: “Aunque andamos en la carne, no militamos según la carne” (2 Corintios 10:3), y “no andamos conforme a la carne” (Romanos 8:4). Por tanto, tal vida es una vida eterna ante Dios y es verdaderamente un sacrificio vivo. Tal mortificación del cuerpo y sus deseos, si sucede por tu propia disciplina o por la persecución de otros, no es otra cosa sino entrenamiento en y para esa vida.

15. Así los sacrificios del Antiguo Testamento no fueron santos, excepto externa y temporalmente hasta que fueron consumidos, así como vivían solo temporal y externamente hasta que fueron sacrificados. Pero este sacrificio es justa y eternamente santo ante Dios. “Santo” significa que fue preparado solo para el servicio y la gloria de Dios, y usado solo por Dios. Así, la palabra “santo” se debe entender con el significado de que dejamos que solo Dios obre en nosotros de modo que somos sus instrumentos santos, como dice Pablo: “¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, ... y que no sois vuestros?, ... glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios” (1 Corintios 6:19–20). Asimismo: “Yo llevo en mi cuerpo las marcas del Señor Jesús” (Gálatas 6:17). Todo el que hace una obra para su propio honor o deseo, profana su sacrificio, como lo hacen los que buscan el premio y el mérito, sea temporal o eterno, por sus obras ante Dios. Eso quiere decir que todavía no han sido matados como sacrificio, porque el sacrificio no puede ser santo a menos que primero sea vivo, es decir, matado ante el mundo y ante sí mismo, de modo que no busca nada para sí mismo.

16. Así también los sacrificios en el Antiguo Testamento no fueron en sí aceptables ante Dios, ni hacían a nadie aceptable. Pero ante el mundo y la gente fueron aceptables, porque los consideraban altamente, como si pudieran hacerse agradables a Dios por medio de ellos. Pero este sacrificio es ante la gente la cosa más detestada e inaceptable en la tierra, porque mata y condena y se opone a todo con que el mundo y la gente se agrada, y lo que les parece bien. Como se dijo, la naturaleza no puede vivir de otra manera que no sea según la carne, particularmente en su propias buenas obras y arrogancia; no puede tolerar que nada que haga y afirme sea destruido y matado. Por tanto, el sacrificio de que habla Pablo es aceptable a Dios, así como es inaceptable al mundo. Los que hacen este sacrificio vivo, santo, sienten y están seguros de que es aceptable a Dios porque saben que Dios quiere que los deseos y la actitud de la carne sean matados para que solo él obre y viva en nosotros.

17. Por esto sigue que con la palabra “cuerpo” San Pablo no entiende solo las partes y obras burdas, externas, tales como glotonería, asesinato, fornicación, etc., sino también todo lo demás que no es renacido del Espíritu y todavía es el viejo hombre con sus habilidades mejores y más elevadas, tanto externas e internas, tales como la profunda depravación de su propia forma de pensar, opinión, razón, sabiduría, arrogancia acerca de las buenas obras, “vida espiritual”, y cualesquier otros dones de Dios estén en la gente.

Como ejemplo de eso, considera los más espirituales y más astutos de toda la gente que ahora hay en la tierra, algunos de los cuales mantienen efectivamente sus cuerpos castos externamente, pero en sus corazones están llenos de orgullo, arrogancia, obstinación, y satisfacción con su propia forma de vivir o sabiduría. Ningún santo es completamente libre de esta profunda depravación interna; debido a ella siempre tiene que sacrificarse y matar al viejo bribón dentro de él. Lo llama “sacrificar el cuerpo” porque los que son cristianos ya están viviendo más de medio camino en el Espíritu, y todo lo que todavía esté en ellos para ser matado, lo concede al cuerpo como a la parte más baja y menor que todavía no está en el Espíritu.

“que es vuestro verdadero culto”.

18. Claramente separa la adoración de los cristianos de la de los judíos y dice: “Los judíos tenían su culto en animales y sacrificios sin razón, pero su culto está en un sacrificio razonable, a saber, de su cuerpo y de ustedes mismos. Los judíos sacrificaban el oro y la plata y construyeron un templo muerto de madera y piedra. Pero ustedes son un pueblo diferente, y su sacrificio no es plata ni oro. Su templo no es madera ni piedra, sino es ustedes mismos. “Sois templo de Dios” (1 Corintios 3:16).

Nota por esto cuán honorablemente la gente trató a los cristianos cuando guardamos silencio sobre nuestra propia adoración, forzamos el mundo entero a construir iglesias, establecer altares, promover monasterios, campanas, cálices, imágenes, y cosas por el estilo, como si lo que fue demasiado para los judíos fuera el camino único de adoración de los cristianos.

19. En resumen, llama nuestro culto racional el verdadero culto espiritual del corazón, que ocurre en la fe y el conocimiento de Dios. También rechaza toda adoración que ocurre aparte de la fe como una adoración completamente irrazonable, aunque ocurra corporal y externamente y tenga la apariencia de gran santidad y vida espiritual. Eso describe las obras, sacrificios, monaquismo y la vida estricta de los papistas, que sucedieron sin el conocimiento de Dios (puesto que no tenían la palabra de Dios) y además sin el Espíritu y corazón, puesto que solo hacían las obras y pensaban que eso tendría que agradar a Dios, aunque no había fe allí. Eso también describe la adoración de los judíos en sus obras, sacrificar, etc., y de todos los que no conocían a Cristo y no tenían fe, y así no eran mejor que las obras y la adoración de los paganos idólatras y necios.

“No os conforméis a este mundo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál es la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta”

20. Como se dijo, puesto que el mundo no puede ver ni escuchar este sacrificio, pelea con él por ambos lados: can atraer y amenazar, con invitar y perseguir. Además, el mundo tiene la ventaja de no tener nada de nuestra mente y espíritu en él, pero nosotros todavía tenemos en nosotros bastante de la mente e inclinación del mundo. Por eso es necesario que tengamos cuidado de no seguir los caminos del mundo ni de nuestra propia razón y buenas opiniones, sino más bien siempre quebrantar nuestra mente y voluntad, y hacer y sufrir contrario a lo que nuestra razón y voluntad afirman, para que no estemos conformados a este mundo, sino hagamos lo opuesto. Así diariamente seremos transformados y renovados en nuestra mente; es decir, diariamente, más y más, no adherimos a lo que odia el mundo y la razón. Por ejemplo, diariamente preferimos ser pobres, enfermos y necios y pecadores despreciados, y finalmente consideramos la muerte mejor que la vida, la necedad más preciosa que la sabiduría, la vergüenza como más noble que el honor, la pobreza como más bienaventurada que la riqueza, y el pecado como más glorioso que la piedad. El mundo no tiene esa actitud, sino piensa diferentemente en todas las cosas; queda en esa actitud vieja sin cambio, sin renovación, terco y decrepito.

21. La voluntad de Dios siempre es buena, amorosa y perfecta en sí, pero no siempre se reconoce como tal. La razón piensa que la voluntad de Dios es la mala voluntad del diablo, amarga, abominable, porque llama “nada” lo que nosotros consideramos lo más alto, mejor y más santo y lo mata. Por tanto, solo la experiencia tiene que ser el maestro aquí, y probar, sentir, hallar y percibir que esta voluntad es buena y desde el corazón desea lo mejor para nosotros. Así, todo el que persiste y aumenta en esto experimentará que esta benevolencia es amorosa y agradable, de modo que en su lugar no tomaría nada de la propiedad del mundo, sino tiene mayor deseo y gozo en la pobreza, la vergüenza y toda clase de aspereza que cualquiera en la tierra puede tener en todas las riquezas, el honor y el gozo. Finalmente, llega tan lejos que ese hombre es perfecto, gustosamente entrega su vida para la muerte, y con Pablo desea partir, para que todo pecado cese y se haga perfectamente la voluntad de Dios en él en todas las cosas. Entonces es más

desemejante del mundo y no conformado en nada al mundo. El mundo no puede satisfacerse con esta vida, pero el cristiano no puede ser librado de esta vida. Lo que el primero busca, el segundo huye de él; de lo que el primero huye, el segundo lo busca, etc.

22. Aquí puedes ver que Pablo no considera un cristiano libre del pecado y el mal en todas las cosas, porque nos manda ser transformados y renovados en nuestra mente. En dondequiera que todavía hay transformación y renovación, todavía queda algo de lo que es viejo y malo. Pero lo que queda es pecado, que no es imputado a los cristianos, porque diariamente se esfuerzan para cambiar y hacerse nuevos, porque está en ellos contra su voluntad. “la carne ... y el ... Espíritu ... se oponen entre sí” (Gálatas 5:17), por lo cual no hacen lo que quieren (Romanos 7:15).

Especialmente habla de la “mente” al explicar lo que quiere decir con “el cuerpo”, que se debe sacrificar. Lo que “mente” significa en la Escritura se dijo suficientemente antes, a saber, la facultad de opinión, que es la fuente o de todo vicio o de toda virtud. A lo que me parece recto me aferro; a lo que me aferro, esto hago, así como otros también hacen. Cuando la mente no es correcta, entonces la conciencia y la fe se han ido. En donde la mente no está unida con otra, allí han desaparecido el amor y la paz. En donde se han ido el amor y la fe, entonces solo hay el mundo y el diablo mismo. Por tanto, todo depende de transformarse y renovarse, como también sigue ahora.

“Digo, pues, por la gracia que me es dada, a cada cual que está entre vosotros, que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener, sino que piense de sí con cordura, conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno.”

23. Pablo específicamente incluye esta instrucción para los cristianos en todas sus Epístolas, para preservar a todos ellos en la sencilla fe e impedir las sectas y toda clase de divisiones en la vida cristiana que surgen de la forma de pensar y la mente de uno, en donde no se queda unida en todas las cosas. Por tanto, para exhortarles muy altamente, introduce su apostolado aquí como uno escogido y enviado por la gracia de Dios para enseñar estas cosas, de modo que dice: “Ustedes tienen varios dones entre ustedes, pero cada uno debe cuidarse para guardar su propia manera de pensar en la fe, de modo que nadie piense que es mejor que los otros, ni considere los dones dados a él más altos que los dones dados a otros”. Si eso sucede, entonces todos menospreciarán los dones menores y se aferrarán a los mejores, y estimularán a otros a hacer lo mismo. Si eso sucede en forma falsa, entonces la gente recae en depender de obras o dones y abandona la fe. Entonces esta actitud actúa exactamente como lo hace el mundo y presta atención a lo que es elevado pero pasa por alto lo que es bajo.

24. Esto no se puede retratar mejor que con ejemplos que prevalecen en nuestro tiempo, a saber, cuando ves que los monjes y sacerdotes han exaltado su estado espiritual y piensan que es lo mejor. Así no piensan de ello “con cordura”, sino sobremedida, con la actitud de que, en comparación, el estado común de los cristianos no es nada en absoluto. Sin embargo, nada en su estado, ni la fe ni el amor, es mandado por Dios, sino es algo peculiar, inventado por ellos mismos. Así son divididos, y sus propios modos de

pensar se ramifican en muchas sectas, de modo que cada uno quiere ser el mejor, y sin embargo ante Dios se hace totalmente inútil. Entonces la fe y el amor perecen, junto con la mente unida que debe mantener unidos a todos los cristianos y hacerles uno.

25. San Pablo quiere decir que sin importar cuán variados sean los dones, obras y la vida externa, nadie debe pensar que es bueno debido a ellos ni debe querer ser mejor que los demás. Más bien, la fe tiene una y la misma cosa, a saber, Jesucristo. El ladrón en la cruz tuvo a Jesucristo tanto, y tenía tanto en él, por su fe, como lo tuvieron San Pedro, Pablo, Abraham, la madre de Dios y todos los santos, aunque no tuvo una fe tan fuerte. Aunque los dones sean desiguales, el tesoro de la fe es igual. Porque debemos jactarnos solo del tesoro de la fe y no de los dones; cada uno debe considerar los dones de otro tan buenos como los suyos, y usarlos para servir a otros que son iguales a mí en el tesoro de la fe. Entonces la unidad del amor y la sencillez de la fe quedarán, y nadie recaerá en depender de sus propias obras ni mérito.

Puedes leer más sobre esta actitud y forma de pensar en las postilas anteriores, especialmente en la [Epístola para el Tercer domingo de Adviento](#). Todo lo que debe decirse en adición sobre esta Epístola lo guardaremos para el próximo domingo, porque los dos deben estar juntos.